

La nueva flauta

Se inventó en China una nueva flauta. Un consumado músico japonés descubrió la sutil belleza de su tono, la trajo al regresar a casa y ofreció conciertos por todo el país. Una tarde debía tocar junto a una comunidad de músicos y amantes de la música que vivían en cierto pueblo. Al final del concierto, su nombre fue mencionado. Tomó la nueva flauta y tocó una pieza. Cuando hubo terminado, el silencio reinó por largo tiempo. Entonces, se oyó la voz del más anciano desde el fondo del salón: “¡Como un dios!”

Al día siguiente, mientras el maestro se preparaba para partir, los músicos se le acercaron y le preguntaron cuánto tiempo le tomaría a un intérprete dotado aprender a tocar la nueva flauta. “Años”, dijo él. Preguntaron si tomaría un pupilo y él asintió. Cuando partió, decidieron entre ellos enviar a un joven flautista, brillante, talentoso, sensible a la belleza, diligente y confiable. Le dieron dinero para cubrir sus gastos y pagar la tuición del maestro, y lo enviaron a la capital, donde aquel vivía.

El alumno llegó y fue aceptado por su profesor, quien le asignó una única y sencilla melodía. Al principio recibió una instrucción sistemática, pero dominó sin problemas todas las dificultades técnicas. Llegaba entonces a su lección diaria, se sentaba y tocaba su melodía. El maestro solo decía: “Falta algo”. Le suplicó al maestro cambiar la melodía pero el maestro se negó. La interpretación diaria y el diario “Falta algo” continuaron durante meses. La esperanza de éxito y el miedo al fracaso del estudiante se hicieron cada vez mayores y este pasó de la ansiedad al abatimiento.

En cierto punto, la frustración le resultó insoportable. Una noche empacó sus pertenencias y se escabulló. Siguió viviendo en la capital por un tiempo, hasta que el dinero se terminó. Comenzó a beber. Finalmente, empobrecido, emprendió el regreso a su lugar de origen.

Avergonzado de mostrarse a sus antiguos colegas, encontró un refugio lejos en el campo. Conservaba sus flautas y tocaba todavía pero no encontraba ya inspiración en la música. Los campesinos que pasaban por ahí lo oyeron tocar y enviaron a sus hijos para que les diera las primeras lecciones. Vivió así durante años.

Una mañana tocaron a su puerta. Era el mayor de los antiguos maestros de su pueblo, en compañía del alumno más joven. Le comunicaron que esa noche tendrían lugar un concierto y que entre todos decidieron que no se llevaría a cabo sin él. Con algún esfuerzo se sobrepuso a sus sentimientos de vergüenza y temor y, casi en trance, tomó una flauta y fue con ellos. El concierto comenzó. Mientras esperaba detrás del escenario, nadie interrumpió su silencio interior. Finalmente, terminando el concierto, su nombre fue mencionado. Subió con sus harapos a escena. Miró sus manos y se percató de que había escogido la nueva flauta.

Se dio cuenta entonces de que no tenía nada que ganar ni nada que perder. Se sentó y tocó la misma melodía que había tocado tantas veces para su maestro en el pasado. Cuando hubo terminado, el silencio reinó por largo tiempo. Entonces, desde el fondo del salón, se oyó la voz del más anciano, que decía suavemente: “¡Como un dios!”

Tomado de Free Play,
de Stephen Nachmanovitch.
Trad. : Marco Montenegro